

dumbre tan grande de serpientes ni en la tierra empapada con la sangre de la Gorgona, ni en las playas de la isla Ofusa <sup>1</sup>.

En medio de todos sobresalía Satan por su magnitud de enorme dragon, más grande que el inmenso Piton, engendrado por el Sol en el cieno del valle Pitio, de suerte que aún así conservaba su superioridad sobre los demás. Todos le siguieron atropelladamente hasta la llanura en que estaba el rebelde ejército precito, formado en orden de batalla y con el sublime anhelo de ver llegar en son de triunfo á su glorioso adalid; y vieron en efecto ¡qué espectáculo tan inesperado! un tropel de asquerosísimas serpientes. El horror que al principio sintieron acabó por trocarse en no ménos horrible simpatía, porque ellos también se convirtieron en aquello mismo que á su vista se presentaba, cayéndoseles de las manos armas, lanzas y broqueles, dando en tierra con sus cuerpos, prorumpiendo en agudos silbos y desapareciendo bajo aquella forma de que habían sido contagiados; que á crimen igual, correspondía también igual castigo. Así el aplauso con que contaban se volvió atronadora silba, y el triunfo en ignominia que lanzaban sobre sí por sus propias bocas.

No lejos de allí se extendía un bosque, nacido en el momento de su metamorfosis, y que el Supremo Señor había dispuesto para más agravar su pena, cuyos árboles se veían cargados de hermosos frutos parecidos á aquellos del Paraíso con que el enemigo infernal había seducido á Eva. En aquella extraña novedad se fijaron sus ávidas miradas, figurándose que en vez del árbol vedado, se les ofrecían otros muchos que aumentasen sus tormentos y su vergüenza; pero devorados por una sed ardiente y por una hambre rabiosa que Dios les envió á fin de incitarlos más, no pudieron resistir, y enredándose unos en otros, se precipitaron y encaramaron á los árboles, formando madejas más enmarañadas que las de los cabellos de Megera. Abalanzáronse ansiosamente á los frutos, bellísimos á la vista, tan bellos como los que se producían orillas del bituminoso lago en que ardió Sodoma; frutos que no engañaban el tacto, pero sí el gusto, y de que procuraron saciarse para satisfacer el hambre; mas en vez de manjar sabroso, comían sólo amarga ceniza, que arrojaban al punto de sus contrariadas bocas entre repugnantes náuseas. Apretados del hambre y de la sed, renovaban frecuentemente su embestida, y siempre experimentaban el mismo sabor asqueroso que les desquiciaba las quijadas, llenas de hollín y ceniza, cayendo repetidas veces

(1) *Ofusa*, pequeña isla del Mediterráneo, llamada así por los griegos, y por los latinos *Colubraria*.

en el propio engaño, mientras el Hombre, de quien habían triunfado, sólo una había incurrido en su error. Así permanecieron largo tiempo devorados por el hambre y atormentados por la incesante furia de los silbidos, hasta que les fué dado recobrar su perdida forma; y así quedaron condenados á sufrir todos los años por cierto número de días aquella misma humillación, en pena del orgullo y regocijo que habían sentido al seducir al Hombre. Ellos, sin embargo, difundieron entre los paganos una tradición, inventando la fábula de una serpiente, que llamaron Ofion, la cual juntamente con Eurinome <sup>1</sup> (quizás la dominadora Eva) se alzó en un principio con el imperio del alto Olimpo, de donde fueron ambos expulsados por Saturno y Rhea <sup>2</sup> antes que naciese Júpiter Dictio <sup>3</sup>.

Entre tanto llegaba al Paraíso la infernal pareja, y ¡ojalá no hubiese llegado! El Pecado, que primero influía allí con su poder y posteriormente con su acción, ahora se establecía corporalmente para residir en él como constante habitador. Seguiale en pos y paso á paso la Muerte, que no cabalgaba aún en su pálido caballo; á la cual se dirigió el Pecado, diciendo:

«Segundo fruto de Satan, Muerte, que has de avasallarlo todo: ¿qué juzgas ahora de nuestro imperio? Con penosa dificultad hemos llegado á él; pero ¿no es preferible á aquel umbral tenebroso del infierno donde estábamos sentados, siempre vigilando, siempre ignorados y envilecidos, y tú medio extenuado de hambre?»

Y el Monstruo nacido del Pecado le respondió así: «Á mi, víctima de un hambre eterna, tanto me da el Infierno, como el Cielo ó el Paraíso. Allí me encontraré mejor donde más tenga que devorar; y esto, aunque tanta abundancia ofrece, parece sobrado pequeño para llenar este estómago y este anchuroso cuerpo.»

Á lo cual repuso el incestuoso Padre: «Pues desde luego puedes alimentarte de todas esas yerbas, frutos y flores, y no perdonar ni una bestia, ni un pescado, ni un ave, que no es pasto poco apetitoso, y saciarte de cuantas cosas ha de destruir la segur del Tiempo, hasta que apoderado yo del Hombre y de su raza, pervierta sus pensamientos, sus miradas, sus palabras y sus acciones, y le prepare para ser tu postrera y más agradable presa.»

(1) Ninfa, hija del Océano y de Tétis, esposa de Orcamo, rey de Asiria, y madre de Leucotoe. Llama á Eva dominadora, porque pretendió ser superior á su marido, elevarse á la condición de diosa.

(2) Rhea, Ops, como la llama Milton, ó Cibéles, hermana de la Tierra, hija del Cielo y Vesta y esposa de Saturno, ó hija del Cielo y de la Tierra, según otros, y hermana y mujer de Saturno.

(3) Sobrenombre de Júpiter, por el monte Dicta, y de Creta ó Candia, donde fué criado. Y erran á nuestro juicio los que interpretan este pasaje diciendo «antes que Dicta viesse nacer á Júpiter.»

Dicho esto, se separaron, tomando cada cual diverso camino, ambos con el propósito de destruir y hacer perecedero todo lo criado, y de disponerlo á la devastacion que tarde ó temprano habia de verificarse; viendo lo cual el Omnipotente, desde el sublime trono que ocupa rodeado de sus Santos, habló así á todas aquellas esplendorosas jerarquias:

«Ved con qué rabia se apresuran esos mónstruos<sup>1</sup> del infierno á perturbar y destruir ese nuevo mundo que Yo he creado tan bello y tan perfecto; y que se mantendria en el mismo estado, si la insensatez del Hombre no hubiera dado entrada en él á esas destructoras furias que me califican de demente; y esto suponen el principe del Infierno y sus secuaces, porque cuando les concedo tan llano acceso á ese lugar celestial y consiento que se enseñoreen de él, piensan que condesciendo con las miras de tan menguados enemigos, y se lisonjean de que mi pasion me ciega en términos de abandonarlo todo y entregar el universo á su desconcierto. No conocen esos abortos del infierno que me he valido de ellos y los mantengo esclavizados allí, para que absorban toda la escoria é inmundicia con que la impura desobediencia del Hombre ha manchado lo que tan immaculado era en su origen, hasta que rebosando y ahitos de ese letal veneno, llegue un dia en que tu victorioso brazo, dulcísimo Hijo mio, hunda para siempre en el Cáos al Pecado y á la Muerte con su voraz sepulcro, y quede cerrada la boca del infierno, y sus mandíbulas ociosas. Regenerados entónces el cielo y la tierra, se purificarán para santificar lo que no podrá ya mancillarse nunca; pero entre tanto la maldicion que he pronunciado tiene que cumplirse.»

Dijo; y resonando como las olas del mar, prorumpieron los celestiales coros en cánticos de *alleluia*; y entre innumerables himnos repetian: «Justos son tus designios, justos tus decretos en cuanto obras. ¿Quién puede destruirte?» Y celebraban despues al Hijo, Redentor del género humano, por quien los siglos verán nacer ó descender de los cielos un nuevo cielo, una nueva tierra.

Esto cantaban; y el Creador llamó por su nombre á sus principales Ángeles, y les encargó de diferentes ministerios, conforme la actual sazón de las cosas lo requeria. El primero fué el Sol, á quien prescribió que alterase su movimiento y enviase su luz á la tierra haciendo que alternasen en ella el calor y el frio, hasta el punto de ser casi intolerables ambos; que llevase del norte al decrepito invier-

(1) Perros, dice el Autor, no mónstruos; mas aún cuando sea homérica, no nos parece la expresion muy del gusto de nuestro tiempo.



DICHO ESTO, SE SEPARARON, TOMANDO CADA CUAL DIVERSO CAMINO....

no, y del mediodia los rigores del abrasado solsticio. Á la pálida luna le ordenaron tambien su curso; á los otros cinco planetas su movimiento y sus varios aspectos, el sextil, el cuadrado, el trino y el opuesto <sup>1</sup>, todos ellos tan nocivos y tan funestos en su conjuncion; enseñando á las estrellas fijas á ejercer asimismo su maligna influencia y suscitar tempestades, ya al ascender cuando el Sol, ya al declinar con él. Á los vientos señalaron sus lugares respectivos, y cuando enfurecidos debian introducir la confusion en el aire, en el mar y á lo largo de sus playas; al trueno, en fin, el tiempo en que habia de aterrar los tenebrosos palacios aéreos con su hórrido estampido.

Dicen algunos que el Señor mandó á los ángeles apartar más de dos veces diez grados los polos de la tierra del eje del Sol, y que no sin gran trabajo pudieron poner oblicuo aquel globo central. Otros pretenden que se ordenó al Sol llevar sus riendas á igual distancia de la linea equinoccial por uno y otro lado, pasando por el Tauro, las siete Hermanas Atlánticas y los Gemelos de Esparta, subiendo hasta el trópico de Cáncer, y bajando despues por Leo, Virgo y Libra hasta Capricornio, para proporcionar en su curso á cada clima la variedad de las estaciones. De otra suerte, ornada la tierra de flores inmarcesibles, hubiera gozado de una perpétua primavera, y de igual duracion en los dias y las noches, excepto en los puntos situados más allá de los circulos polares, donde hubiera brillado el dia sin noche alguna, mientras que el Sol, para resarcirlos de su alejamiento, girando visible siempre á sus ojos en torno del horizonte, no les hubiera dejado conocer el Oriente ni el Ocaso, ni se hubieran visto envueltos en nieve el yerto Estotiland <sup>2</sup> y los paises australes que se extienden más allá del de Magallanes.

Al presenciar la desobediencia de nuestros primeros padres, el Sol retrocedió en su curso, como en el festin de Atreo <sup>3</sup>; ¿quién sabe si ántes de su pecado se hubiera visto la tierra expuesta, cual hoy, al penetrante frio y á los rigorosísimos calores? Estas vicisitudes de los cielos produjeron, aunque lentamente, iguales efectos en los mares y en la tierra: la influencia de los astros esparció por todas

(1) El autor incurre aqui en los desvarios de la jerga astrológica que tan comun era en aquella época, y sacrifica la grandeza del asunto y de la expresion al prurito de ostentar una erudicion enfática y ridicula.

(2) El Estotiland es un país de la América del Norte situado hácia el polo Ártico y la bahía de Hudson. El Estrecho de Magallanes sabido es que se halla en la América meridional.

(3) De Tiestes, dice el autor, pero Tiestes no hizo más que acudir al banquete que le ofreció su hermano Atreo, cuando para vengarse de su incestuoso crimen, le dió á comer la carne de los hijos que aquel habia tenido en su esposa Europa; y el sol retrocedió al ver espectáculo tan horrible. En el mismo sentido activo, aún cuando es pasivo, decimos hoy *la espada de Damócles*.